

LAS BELLAS CAUSAS DE COMÍN

Lorenzo Gomis

En el funeral por Alfonso Comín, hace veinte años, estaban en un primer banco de la parroquia del difunto los líderes comunistas Santiago Carrillo y Gregorio López Raimundo. En el altar concelebraban muchos curas y frailes amigos de Alfonso. Las flautas y arpas de Mozart grababan el momento en la memoria, donde ahora lo encuentro.

"¿Para qué sirvió que un cristiano como Comín se hiciera marxista?" -se pregunta su hijo Toni en el número de octubre de la revista "El Ciervo", que fue la casa juvenil de uno y es la casa, no menos juvenil, del otro-. "Sirvió para que los cristianos españoles militaran con normalidad en los partidos de izquierda, y para que los partidos de izquierda incorporaran a los cristianos como una de sus energías espirituales fundamentales y dejaran de ser ateos. Ambas cosas son hoy perfectamente obvias, pero hace cuarenta años parecían todavía imposibles."

Muchas cosas han cambiado en estos veinte años. ¿Quién sospechaba entonces de que sólo nueve años después se derrumbaría con el muro de Berlín todo el monumental imperio soviético? "Cristianos en el partido, comunistas en la iglesia", era el título de uno de los libros de Alfonso. Hoy el partido no es lo que era, ni la Iglesia no parece tan abierta como él la vio a las esperanzas de aquel cristiano entusiasta.

"Mi padre -escribe Toni Comín- era, ante todo, un cristiano que había entendido que la fe en Dios sólo se puede vivir a través del amor a los hombres y las mujeres de la tierra. Pero (...) cuando la fraternidad ha sido sacrificada (...) el amor a la humanidad no puede ser otra cosa que tomar partido por los desfavorecidos y ponerse a su lado. Creo que por esto supo transmitir tan bien cuán bella es esta causa. (...) Cuando uno lucha por amor, el motor de la lucha no es la promesa de vencer, sino la justicia de la causa."

A principios de los cincuenta -va a hacer cincuenta años-, un puñado de amigos nos encontramos con una revista en las manos. La Asociación Católica Nacional de Propagandistas -que antes de la guerra con Ángel Herrera había fundado "El Debate"- se retiraba cuando veían el primer número, que no les gustó nada. Se había pedido el permiso para un boletín cultural de un Círculo de Jóvenes que no llegó a formarse, pero ahora veían que no era cosa de hacerse cargo de una revista tan inquieta como inquietante. Unos meses cogió el testigo Claudio Colomer, director de "El Correo Catalán", pero cuando el arzobispo Modrego dijo que quería ver a los autores optó por retirarse y enviarnos a la media docena de chicos -"Buenos chicos, incluso piadosos", le habían dicho que éramos al obispo- que habíamos hechos los cinco o seis primeros números a afrontar la curiosidad episcopal. Modrego, después de refirnos con energía, nos anunció que nos pondría un censor. Ya teníamos otro, el gubernativo. Y con dos censuras, la civil y la eclesiástica, nos dispusimos a seguir adelante.

Esta era la revista a la que se incorporó pronto Alfonso Carlos Comín, recién terminado el bachillerato en los jesuitas de Sarrià. Procedía de una familia carlista aragonesa y era autocrítico con la educación recibida y el entorno social. Buscaba bellas causas. Cogió en seguida el estilo de la revista y empezó a buscar en el horizonte: el abbé Pierre, el obispo Ancel de Lyon, el idealista siciliano Danilo Dolci, el pacifista Lanza del Vasto, discípulo de Gandhi, los

contemplativos hermanitos de Foucauld, instalados en Farlete, a 35 kilómetros de Zaragoza... Los reportajes se sucedían.

El místico y el político se confundían cada vez más en el interior de aquel chico iluminado y persuasivo. Después vendría la clandestinidad estudiantil, el matrimonio y la instalación en Málaga (con la publicación de "La España del Sur", 1965), el regreso a Barcelona, las detenciones, los sumarios, el proceso, la cárcel. Y la trayectoria política, que le llevaría al PSUC sin dejar de ser públicamente cristiano. Siempre buscando la causa de la justicia.

La vigencia de Alfonso está ahí. Este es el tema. Cómo alguien cuyo sueño político se ha desvanecido puede estar tan presente, y no como una imagen de pasado, sino como alguien cuya mirada -la de aquellos ojos azules, iluminada- sigue proyectada hacia delante. La Fundació Alfons Comín -que anima Maria Lluïsa Oliveres con fidelidad a su marido- ha escogido este tema, el de la vigencia, para la mesa redonda que ha reunido a Josep Bigordà, Antoni Castells, Albert Marzà, Teresa Pàmies y Manuel Reyes Mate. No son tanto las fórmulas como el espíritu lo que sigue vigente. Lo ha dicho José Antonio González Casanova, su amigo desde la infancia: "La fidelidad que Comín exige, para ser total, no puede repetir fórmulas pasadas irrepetibles, sino acudir a ese maestro interior que, según él y Mounier, es cada acontecimiento, cada coyuntura histórica, con sus signos de los tiempos, y ante ella repetir, eso sí, la actitud, el testimonio y la acción que adoptaron personas como nuestro amigo".

En el Corpus de 1975 hubo un encuentro internacional en Varsovia organizado por Pax, una asociación católica "colaboracionista" con el régimen establecido. Asistía José María González Ruiz y otros teólogos españoles. La víspera del encuentro, Alfonso Comín, mi mujer y yo cenamos con dos muchachas polacas, intérpretes del congreso. Nos contaron cómo estaban las cosas y Alfonso dijo, categórico: "No es esto para lo que he luchado yo". Era verdad, y siempre prestó oído a la disidencia en el mundo comunista. Su último artículo en "El Ciervo", creo recordar, era un largo texto sobre un manifiesto de los intelectuales checos, con la firma de Havel. Y también es verdad que probablemente los teólogos de la liberación, en el continente americano, sean los continuadores más claros de lo que representó Alfonso.

Vivimos en un mundo que presta más atención al éxito, la victoria y la eficacia numéricamente cuantificada que a la belleza de las causas... y de las vidas. Por eso la memoria de Alfonso Carlos Comín merece ser honrada. No se ha perdido su vida ni olvidado su ejemplo. Las fórmulas serán otras, pero el acontecimiento, como decía Mounier, está siempre ahí para mostrar caminos, como maestro interior. La belleza de una causa y de una vida es más importante que su éxito. Y más duradera.

"La Vanguardia", 30 d'octubre de 2000